

St. JOHN PERSE

# ANABASIS

Versión Castellana de  
*JORGE ZALAMEA BORDA*

Ilustraciones de  
*GIORGIO DE CHIRICO*

## C A N C I O N

Nacía un potro bajo las hojas de bronce. Un hombre puso bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba. Y he aquí que se habla de otras provincias a mi gusto... “Os saludo, hija mía, bajo el más grande de los árboles del año”.

Pues el sol entra en Leo y el Extranjero ha puesto su dedo en la boca de los muertos. Extranjero. Que reía. Y nos habla de una hierba. ¡Ah! qué de soplos en las provincias! ¡Cuánta holgura en nuestras vías! ¡y cómo me es delicia la trompeta y la pluma sapiente en el escándalo del ala!... “Alma mía, moza, tenías maneras que no son las nuestras”.

Nació un potro bajo las hojas de bronce. Un hombre puso estas bayas amargas en nuestras manos. Extranjero. Que pasaba. Y he aquí un gran ruido en un árbol de bronce. ¡Asfalto y rosas, don del canto! ¡Truenos y flautas en las cámaras! ¡Ah! cuánta holgura en nuestras vías, ah, cuántas historias en la añada, y el Extranjero tiene sus maneras por los caminos de toda la tierra!... “Os saludo, hija mía, bajo el más bello traje del año”.

# A N A B A S I S

## I

Sobre tres grandes estaciones estableciéndome con honra, auguro bien del suelo en que he fundado mi ley.

Las armas en la mañana son bellas y la mar. A nuestros caballos entregada la tierra sin almendras

nos vale este cielo incorruptible. Y el sol no es nombrado, pero su pujanza está entre nosotros

y el mar en la mañana como una presunción del espíritu.

Poderío, cantabas sobre nuestras rutas nocturnas!... En los idus puros de la mañana, qué sabemos del sueño, nuestro mayorazgo?

Todavía un año entre vosotros! Dueño del grano, dueño de la sal, y la cosa pública en justas balanzas!

No llamaré a las gentes de otra orilla. No trazaré grandes barrios urbanos sobre las laderas con el azúcar de los corales. Pero designio tengo de vivir entre vosotros.

En el umbral de las tiendas toda gloria! mi fuerza entre vosotros! y la idea pura como una sal abre sus audiencias en el día.

Obsedí la ciudad de vuestros sueños y detuve en los mercados desiertos ese puro comercio de mi alma, entre vosotros invisible y frecuente como un fuego de espinos al aire libre.

Pujanza, cantabas sobre nuestras rutas espléndidas!... "En la delicia de la sal todas son lanzas del espíritu! Avivaré con sal las bocas muertas del deseo!

A quien, alabando la sed, no ha bebido el agua de las arenas en un casco,

poco crédito le concedo en el comercio del alma..." (Y el sol no es nombrado, pero su pujanza está entre nosotros).

Hombres, gentes de polvo y de todas usanzas, gentes de negocio y de ocio, gentes de los confines y gentes de allende, oh gentes de poco peso en la memoria de estos lugares; gentes de los valles y de las mesetas y de los más altos declives de este mundo en la desembocadura de nuestros ríos; husmeadores de signos, de semillas y confesores de soplos en Oeste; seguidores de pistas, de estaciones, arrieros de campamentos bajo el vientecillo del alba; oh buscadores de ojos de agua en la corteza del mundo; oh buscadores, oh descubridores de razones para irse a otra parte,

no traficáis con una sal más fuerte que ésta cuando, en la mañana, en un presagio de reinos y de aguas muertas altamente suspendidas sobre los humos del mundo, los tambores del exilio despiertan en las fronteras

la eternidad que bosteza sobre las arenas.

...Con el traje más puro entre vosotros. Por un año aún entre vosotros. "Mi gloria está en los mares, mi fuerza entre vosotros!

A nuestros destinos prometido ese soplo de otras riberas y, llevando más allá las semillas del tiempo, el esplendor de un siglo en su apogeo en el fiel de las balanzas..."

Matemáticamente pendientes de los bancos de la sal! En un punto sensible de mi frente en donde se plantea el poema, inscribo este canto de todo un pueblo, el más ebrio,

de nuestros astilleros extrayendo inmortales carenas.

## II

En los países frecuentados, los más grandes silencios; en los países frecuentados por grillos al mediodía.

Marcho, marcháis por un país de altas laderas de toronjil, donde ponen a secar la colada de los Grandes.

Saltamos sobre el traje de la Reina, todo de encaje con dos bandas de color tostado (ah! cómo el ácido cuerpo de la mujer sabe manchar un traje en el lugar de la axila!)

Saltamos sobre el traje de su hija, todo de encaje con dos bandas de color vivo (ah! cómo la lengua del lagarto sabe atrapar las hormigas en el lugar de la axila!)

Y acaso no transcurra el día sin que un mismo hombre haya ardiendo por una mujer y por su hija!

Risa sabia de los muertos, que nos monden estas frutas!... Y qué, no hay ya gracia en el mundo bajo la rosa silvestre?

Viene, de este lado del mundo, un gran mal violeta sobre las aguas. El viento se levanta. Viento marino. Y la colada vuela! como un sacerdote despedazado...

## III

A la cosecha de las cebadas sale el hombre. No sé qué ser poderoso ha hablado sobre mi techo. Y he aquí que los Reyes se han sentado a mi puerta. Y el Embajador come a la mesa de los Reyes. (Que los nutran con mi grano!) El Contralor de pesos y medidas desciende los ríos enfáticos con toda suerte de restos de insectos y de briznas de paja en la barba.

Ah! nos sorprendemos de tí, Sol! Nos has dicho tales mentiras! ...Fautor de tumultos, de discordias! nutrido de insultos y de escándalos! ho Frondista! haz reventar la almendra de mi ojo! Mi corazón ha piado de alegría bajo las magnificencias de la cal, el pájaro canta: "oh ancianidad!"..., los ríos sobre sus lechos son como gritos de mujeres y este mundo es más bello que una piel de morueco teñida de rojo!

¡Ah! más amplia la historia de esta hojarasca en nuestros muros, y el agua más pura que en sueños, gracias, gracias le sean dadas

de no ser un sueño! Mi alma está plena de mentira, como la mar ágil y fuerte bajo la vocación de la elocuencia! El olor poderoso me rodea. Y se despierta la duda sobre la realidad de las cosas. Pero si un hombre tiene por agradable su tristeza, que lo saquen a la luz! y mi consejo es que lo maten, si no,

habrá una sedición.

Mejor dicho: te prevenimos, Retórico, que nuestras ganancias son incalculables. Los mares culpables en los estrechos no conocieron juez más rígido! Y el hombre entusiasmado por un vino, llevando su corazón arisco y zumbante como un pastel de moscas negras, comienza a decir cosas: "...Rosas, purpúrea delicia: la tierra vasta para mi deseo, y quién pondrá los límites esta noche?... la violencia en el corazón del cuerdo, y quién pondrá los límites esta noche?..." Y un tal, hijo de un tal, hombre pobre,

Llega al poder de los signos y de los sueños.

"Trazad las rutas por donde partan las gentes de toda raza, mostrando ese color amarillo del calcañal; los príncipes, los ministros, los capitanes de voz amigdaliana; los que han hecho grandes cosas, y los que ven en sueño ésto o aquello. El sacerdote ha depuesto sus leyes contra el gusto de las mujeres por las bestias. El gramático escoge el lugar de sus disputas al aire libre. El sastre guinda de un árbol viejo un traje nuevo de muy bello terciopelo. Y el hombre aquejado de gonorrea lava su ropa en el agua pura. Hacen quemar el sillico del achacoso y el olor llega al remero en su banco, y le es deleitoso".

A la cosecha de las cebadas sale el hombre. El olor poderoso me rodea, y el agua más pura que en Jabal hace ese ruido de otra edad. En el más largo día del año mondo, alabando a la tierra bajo la hierba, no sé qué ser poderoso ha seguido mis pasos y con los muertos bajo la arena y la orina y la sal de la tierra, he aquí que se ha hecho como con el cascabillo cuyo grano fue dado a las aves. Y mi alma, mi alma vela tumultuosamente a las puertas de la muerte. Pero dí al Príncipe que calle: en la punta de la lanza, entre nosotros ese cráneo de caballo!

#### IV

Así va el mundo y de ello sólo alabanza tengo. Fundación de la ciudad. Piedra y bronce. Fogatas de zarzas en la aurora pusieron al desnudo estas grandes

pedras verdes y aceitosas como fondos de templos, de letrinas, y el navegante alcanzando en el mar por nuestros humos vio que la tierra, hasta la cima, había cambiado de imagen (vastas artigas vistas desde alta mar y esos trabajos de captación de aguas vivas en la montaña).

Así la ciudad fue fundada y colocada en la mañana bajo las labiales de un nombre puro. Los campamentos se arrian en las colinas! Y nosotros que estamos sobre las galerías de madera, cabeza desnuda y pies desnudos en la frescura del mundo, de qué, pues, nos reímos, pero de qué tenemos que reírnos, desde nuestra tribuna, ante un desembarque de mozas y de mulos?

y qué hay que decir, después del alba, de todo ese pueblo bajo las velas? Arribos de harinas!... Y los bajeles más altos que Ilión bajo el pavorreal blanco del cielo, habiendo franqueado la barra, se detenían

en ese punto muerto en el que flota un asno muerto. (Se trata de arbitrar a este pálido río, sin destino, de un color de langostas aplastadas en su savia).

En el tumulto fresco de la otra orilla, los herreros son amos de sus fuegos! Los chasquidos del foete descargan en las calles nuevas carretadas de infortunios latentes. Oh! mulas, nuestras tinieblas bajo el sable de cobre! cuatro cabezas reacias al nudo del puño forman un vivo corimbo sobre el azur. Los fundadores de asilos se detienen bajo un árbol y les acuden las ideas para la elección de los terrenos. Me enseñan el sentido y la destinación de los edificios: fachada de honor, fachada muda; las galerías de laterita, los vestíbulos de piedra negra y las piscinas de sombra clara para las bibliotecas; construcciones fresquísimas para los productos farmacéuticos. Y luego se acercan los banqueros que silban en sus llaves. Y ya por las calles un hombre cantaba solo, de aquellos que tiznan sobre su frente la cifra de su Dios. (Crepitar de insectos para siempre en el barrio de las basuras!)... Y no es este el lugar para contaros nuestras alianzas con las gentes de la otra orilla; el agua ofrecida en odres, las prestaciones de caballerías para los trabajos portuarios y los príncipes pagados en moneda de peces. (Un niño triste como la muerte de los simios —hermana mayor de una gran belleza— nos ofrecía una codorniz en una zapatilla de satín rosa).

...Soledad! el huevo azul que pone un gran pájaro marino, y

las bayas en la mañana todas grávidas de limones de oro! Fue ayer!  
El pájaro ha volado!

Mañana las fiestas, los clamores, las avenidas bordeadas de plantas leguminosas y los servicios de limpieza acarreado a la aurora grandes trozos de palmas muertas, restos de alas gigantes... Mañana las fiestas,

las elecciones de magistrados del puerto, las vocalizaciones en los suburbios y, bajo las tibias incubaciones de tormenta,  
la ciudad amarilla, encasquetada de sombra, con los pantalones de sus muchachas en las ventanas.

...A la tercera lunación, los que velaban en las crestas de las colinas replegaron sus tiendas. Se hizo arder un cuerpo de mujer en las arenas. Y un hombre avanzó hasta la entrada del Desierto —profesión de su padre: vendedor de frascos.

## V

Para mi alma mezclada a los negocios remotos, cien fuegos de ciudades avivados por los ladridos de los perros...

Soledad! nuestros extravagantes partidarios adulaban nuestras obras, pero ya nuestros pensamientos acampaban bajo otros muros.

“A nadie he dicho que espere... Os odio a todos con dulzura... ¿Y qué decir de este canto que nos extorsionais?...”

Duque de un pueblo de imágenes por conducir a los Mares Muertos, dónde hallar el agua nocturna que lavará nuestros ojos?

Soledad!... Compañías de estrellas pasan por el borde del mundo, anexándose en las cocinas un astro doméstico.

Los Reyes Confederados del cielo hacen la guerra sobre mi techo y, señores de la altura, allí establecen sus vivacs.

Dejadme solo con las brisas de la noche, entre los Príncipes panfletistas, bajo la catarata de las Biéolidas!...

Alma unida en silencio al betún de los Muertos! cosidos con agujas nuestros párpados! Loada la espera bajo nuestras pestañas!

La noche da su leche, que estén a ello atentos! y que un dedo de miel se deslice por los labios del pródigo:

“...Fruto de la mujer, oh Sabea!...” Traicionando al alma menos sobria y asqueado de las puras pestilencias de la noche,

me alzaré en mis pensamientos contra la actividad del sueño;  
me iré con los gansos salvajes, en el soso olor de la mañana!...  
—¡ Ah! cuando la estrella pernoctaba en el barrio de las sirvientas, sabíamos que ya tantas lanzas nuevas perseguían en el desierto los silicatos del Estío? “Aurora, narrá-bais...” Abluciones en las riberas de los Mares Muertos!

Aquellos que yacieron desnudos en la inmensa estación se levantan en masa sobre la tierra —se levantan en masas y gritan que este mundo es insano!... El anciano mueve los párpados bajo la luz amarilla; la mujer se despereza sobre su uña; y el potro pringoso pone su quijada barbuda en la mano del niño, que no piensa todavía en saltarle un ojo...

“Soledad! A nadie he dicho que espere... Me iré por ahí cuando lo quiera...” Y el Extranjero todo vestido con sus nuevos pensamientos, gana todavía partidarios en las vías del silencio: su ojo está lleno de una saliva, ya no hay en él substancia de hombre. Y la tierra en sus simientes aladas, como un poeta en sus palabras, viaja...

## VI

Todopoderosos en nuestros grandes gobiernos militares, con nuestras hijas perfumadas que se vestían con un soplo, esos tejidos, armamos en altos parajes nuestras trampas para la dicha.

Abundancia y bienestar, dicha! Y también largo tiempo nuestros vasos en los que el hielo podía cantar como Memnón...

Y extraviando en el ángulo de las terrazas una reyerta de relámpagos, grandes platos de oro en manos de las sirvientas segaban el hastío de las arenas en los linderos del mundo.

Fue luégo un año de vientos en Oeste y, sobre nuestros techos lastrados con piedras negras, toda una charla de telas vivas entregadas a las delicias del espacio. A lo largo de los cabos los caballeros, asaltados por águilas luminosas y nutriendo en las puntas de las lanzas las catástrofes puras del buen tiempo, publicaban sobre los mares una ardiente crónica:

Ciertamente! una historia para los hombres, un canto de poder para los hombres, como un estremecimiento del espacio en un árbol de

hierro! leyes promulgadas en otras riberas, y las alianzas por hembras en el seno de los pueblos disolutos; grandes países subastados bajo la inflazón solar, las altas mesetas pacificadas y las provincias puestas a subasta entre el olor solemne de las rosas. . .

Aquellos que al nacer no han husmeado tal brasa, qué tienen que hacer entre nosotros? Y es posible que tengan comercio con los vivos? “Asunto vuestro y no mío es reinar sobre la ausencia. . .” En cuanto a los que estábamos allí, suscitamos en las fronteras extraordinarios incidentes, y llegando en nuestras empresas al límite de nuestras fuerzas, nuestra alegría entre vosotros fue una grande alegría:

“Conozco esta raza radicada en las laderas: caballeros descabalgados en los cultivos hortelanos. Id y decidle: un inmenso peligro a correr con nosotros! acciones sin número y sin medida, voluntades poderosas y disipadoras y el poder del hombre exprimido como el racimo en la viña. . . Id y decid claramente: nuestros hábitos de violencia, nuestros caballos sobrios y rápidos sobre las simientes de revueltas y nuestros cascos husmeados por el furor del día. . . En los países agotados en que deben renovarse las costumbres, tantas familias por acomodar como jaulas de pájaros silbantes, nos veréis, con nuestras maneras de obrar, congregadores de naciones bajo vastos hangares, lectores de bulas en alta voz, y veinte pueblos bajo nuestras leyes hablan todas las lenguas. . .

“Y ya sabéis la historia de su predilección: los capitanes pobres en las vías inmortales, los notables en muchedumbre venidos para salvarnos, toda la población viril de la añada con sus dioses en andas, y los príncipes caídos en las arenas del Norte, sus hijas tributarias prodigándonos las seguridades de su lealtad, y el Amo que dice: tengo fe en mi destino. . .

“O bien les contáis las cosas de la paz: en los países infestados de bienestar un olor de foro y de mujeres núbiles, las monedas amarillas, timbre puro, manoseadas bajo las palmeras, y los pueblos en marcha sobre fuertes especias —dotaciones militares, vastos mercados de influencias en la barba de los ríos, el homenaje de un poderoso vecino sentado a la sombra de sus hijas y los mensajes cambiados sobre laminillas de oro, los tratados de amistad y de límites, las convenciones de pueblo a pueblo sobre las presas de los ríos, y los tributos colectados en los países entusiasmados! (construcciones de cisternas, de granjas, de establos para la caballería— los enlosados de un azul vivo y los senderos de ladrillo rosa— los despliegues de telas a las anchas, las confituras de rosas melificadas y el potro que nos ha nacido entre la impedimenta del ejército— los despliegues de telas

a las anchas y, en los espejos de nuestros sueños, el mar que enmohece las espadas, y el descendimiento, una noche, hacia las provincias marítimas, hacia los países de gran ocio y hacia nuestras hijas perfumadas, que nos apaciguarán con un soplo, esos tejidos...”).

—Así a veces nuestros umbrales urgidos por un singular destino y, tras los pasos precipitados del día, de este lado del mundo, el más vasto, en donde el poder se exilia cada noche, toda una viudez de laureles!

Pero en la noche, un olor de violetas y de arcilla, en las manos de las hijas de nuestras mujeres, nos visitaba en nuestros proyectos de establecimiento y de fortuna

y los vientos calmos albergaban en el fondo de los golfos desérticos.

## VII

No habitaremos siempre estas tierras amarillas, nuestra delicia...

El Estío más vasto que el Imperio suspende de las mesas del espacio muchos pisos de climas. La tierra vasta en su era echa a rodo su pálida brasa bajo las cenizas. —Color de azufre, de miel, color de cosas inmortales, toda la tierra enyerbada encendiéndose en las pajas del otro invierno— y con la esponja verde de un solo árbol el cielo extrae su jugo violeta.

¡Un lugar de rocas de mica! Ni una simiente pura en las barbas del viento. Y la luz como un óleo. De la hendidura de los párpados al filo de las cimas uniéndome, conozco la piedra agallada, los enjambres del silencio en las colmenas de luz; y mi corazón se preocupa por una familia de acridios...

Camellas dulces bajo el esquilmo, cosidas de malvas cicatrices, que las colinas se encaminen bajo la guía del cielo agrario —que caminen en silencio sobre las incandescencias pálidas del llano; y se arrodillen al final, entre el vaho de los sueños, allí donde se extinguen los pueblos en los muertos polvos de la tierra.

Son grandes líneas quietas que marchan hacia el azuleo de viñas improbables. La tierra en más de un punto madura las violetas de la tormenta; y esos vahos de arena que se levantan en reemplazo de los ríos muertos, como faldones de siglos en viaje.

En voz baja para los muertos, en voz más baja en el día. Tanta dulzura en el corazón del hombre, es posible que falle en la búsqueda de su medida?... “¡Te hablo, alma mía! alma mía entenebrecida por un perfume de caballo!” Y algunos grandes pájaros terrestres, navegando en el Oeste, son buenos mimos de nuestros pájaros de mar.

En el oriente del cielo tan pálido, como un lugar sagrado sellado con las vendas del ciego, quietas nubes se alistan, allí donde voltean los cánceres del alcanfor y del cuerno... Humos que un soplo nos disputa! la tierra toda espera en sus barbas de insecto, la tierra pare maravillas!...

Y a mediodía, cuando el árbol enebro hace estallar los cimientos de las tumbas, el hombre cierra sus párpados y refresca su nuca en las edades... Cabalgatas del sueño en el lugar del polvo muerto, ¡oh vanas rutas que un soplo desmelenan hasta nosotros! ¿dónde hallar, dónde los guerreros que vigilarán los ríos en sus bodas?

Al clamor de las grandes lluvias en marcha sobre la tierra, toda la sal de la tierra se sobresalta en sueños. Y de repente, ¡ah! qué nos quieren de repente esas voces? Levantad un pueblo de espejos sobre el osario de los ríos, que lancen apelación en el discurrir de los siglos! ¡Erigid piedras a mi gloria, erigid piedras al silencio, y a la custodia de estos lugares las caballerías de verde bronce sobre vastas calzadas!...

(La sombra de un gran pájaro me pasa sobre el rostro).

## VIII

Leyes sobre la venta de los jumentos. Leyes errantes. Y nosotros mismos. (Color de hombres).

Compañeras nuestras estas altas trombas en viaje, clepsidras en marcha sobre la tierra,

y los chubascos solemnes, de una substancia maravillosa, tejidos de polvos y de insectos, que perseguían a nuestros pueblos en las arenas como el impuesto *per capita*.

(A la medida de nuestros corazones fue tanta ausencia consumida!).

No es que la etapa fuese estéril: al paso de las bestias sin alianzas (nuestros caballos puros a los ojos de los mayorazgos), muchas cosas emprendidas sobre las tinieblas del espíritu —muchas cosas ociosas

sobre las tinieblas del espíritu— grandes historias seleucidas al silbo de las frondas y la tierra librada a las explicaciones...

Otra cosa: esas sombras —las prevaricaciones del cielo contra la tierra...

Jinetes contra tales familias humanas, en las que los odios cantaban a veces como gorriones, ¿levantaremos el foete contra las palabras castradas de la felicidad? —Hombre, pesa tu peso calculado en trigo. Un país como éste no es el mío. ¿Qué me ha dado el mundo sino este menearse de hierbas?

Hasta el lugar llamado “El Arbol Seco”:  
y el relámpago famélico me asigna provincias en Oeste.

Pero más allá están los ocios mayores, y en un vasto país herboso y desmemoriado, la añada sin lugar y sin aniversarios, adobada de auroras y fogatas. (Sacrificio al alba de un corazón de ovejo negro).

Camino del mundo. El uno os sigue. Autoridad sobre todos los signos de la tierra.

¡Oh! viajero en el viento amarillo, predilección del alma!... y el grano, dices, por la chinche indiana poseído, que lo muelan! virtudes inebriantes.

Un gran principio de violencia regía nuestras costumbres.

## IX

Después de tanto tiempo de andar hacia el Oeste, qué sabíamos de las cosas

percederas?... y de repente bajo nuestros pies los primeros vahos...

—¡Muchachas! y la naturaleza de un país por vosotras es toda perfumada:

“...Te anuncio los tiempos de un gran calor y las viudas chillonas sobre la disipación de los muertos.

Aquellos que envejecen en el uso y cuidado del silencio, sentados en las cimas, consideran las arenas

y la celebridad del día en las radas foráneas;  
pero el placer en el flanco de las mujeres se compone, y en nuestros cuerpos de mujeres hay como una fermentación de uva negra y no hay descanso con nosotros mismos.

“...Te anuncio los tiempos de un gran favor y el júbilo de las hojas en nuestros sueños.

Aquellos que conocen las fuentes están con nosotros en este exilio;  
los que conocen las fuentes nos dirán a la noche

bajo qué manos oprimiendo la viña de nuestros flancos  
se hinchen nuestros cuerpos de una saliva? (Y la mujer se ha acostado con el hombre en la hierba; se levanta, pone en orden las líneas de su cuerpo, y el grillo alza el vuelo sobre su ala azul).

“...Te anuncio los tiempos de un gran calor, y parejamente la noche, bajo el ladrido de los perros, ordeña su placer en el flanco de las mujeres.

Pero el Extranjero vive bajo su tienda, honrado con lacticinios,  
con frutas. Le llevan agua fresca  
para enjuagar su boca, su rostro y su sexo.

A la noche le llevan grandes mujeres estériles (¡ah, más nocturnas en el día!) Y acaso de mí también sacaré su placer. (No sé cuáles son sus maneras de ser con las mujeres).

“...Te anuncio los tiempos de un gran favor y el júbilo de las fuentes en nuestros sueños.

Abre mi boca a la luz, como un lugar de miel entre las rocas, y si se encuentra falta en mí, que me despidan, sino

que vaya yo a la tienda, que vaya yo desnuda, cerca del cántaro,  
bajo la tienda,

y compañera del ángulo de la tumba, me verás largo tiempo muda  
bajo el árbol-doncella de mis venas... ¡Un lecho de instancias bajo la tienda, la estrella verde en el cántaro, y que esté yo bajo tu fuerza!  
ninguna sirvienta bajo la tienda que no sea el cántaro de agua fresca!  
(Sé salir antes del día sin despertar la estrella verde, el grillo en el umbral y el ladrido de los perros de toda la tierra).

Te anuncio los tiempos de un gran favor y la felicidad de la noche sobre nuestros párpados precederos...

¡pero por el momento aún es el día!

• —y de pie sobre el filo reluciente del día, en el umbral de un gran país más casto que la muerte,  
las muchachas meaban entreabriendo la tela pintada de sus faldas.

## X

Escoge un gran sombrero cuya ala sea seducible. El ojo retrocede un siglo en las provincias del alma. Por la puerta de cal viva se ven las cosas de la llanura: cosas vivas, ¡oh, cosas excelentes!

sacrificios de potros en tumbas de niños, purificaciones de viudas en las rosas y congregaciones de pájaros verdes en los patios para honrar a los viejos;

¡muchas cosas sobre la tierra por oír y por ver, cosas vivas entre nosotros!

¡celebraciones de fiestas al aire libre en los aniversarios de grandes árboles y ceremonias públicas en honor de una charca; dedicatorias de piedras negras, perfectamente redondas, invenciones de fuentes en lugares muertos, consagraciones de telas enastadas, en las cercanías de los desfiladeros, y aclamaciones violentas, bajo los muros, por mutilaciones de adultos al sol, por exhibiciones de sábanas esponsalicias!

muchas otras cosas aún a altura de nuestras sienas: las curaciones de bestias en los suburbios, los movimientos de multitudes ante los esquiladores, los poceros y los castradores; las especulaciones al sople de las cosechas y la ventilación de hierbas, en la punta de las horquillas, sobre los techos; las construcciones de murallas de tierra cocida y rosa, de escalonados secadores de viandas, de galerías para los sacerdotes, de capitánías; los patios inmensos del veterinario; las duras prestaciones para el mantenimiento de los caminos arrieros, de senderos en espiral en las gargantas; las fundaciones de hospicios en lugares incultos; las escrituras a la llegada de las caravanas y los licenciamientos de escoltas en los barrios de los cambistas; las popularidades nacies bajo el tejadillo, ante las tinas de fritada; el protesto de títulos de deuda; las destrucciones de bestias albinas, de blancos gusanos subterráneos, las hogueras de zarzas y de espinos en los lugares contaminados de muerte, la fabricación de un hermoso pan de cebada y sésamo; o de escanda; y el vaho de los hombres en todos los lugares...

¡ah! toda suerte de hombres en sus vías y maneras: comedores de insectos, de frutos acuosos; portadores de emplastos, de riquezas! el agricultor y el adalingue, el acupuntor y el salinero; el peajero, el

herrero; mercaderes de azúcar, de canela; de copas para beber en metal blanco y lámparas de cuerno; el que hace un vestido de cuero, sandalias de madera y botones en forma de aceituna; el que da a la tierra sus obras; y el hombre de ningún oficio: hombre del halcón, hombre de la flauta, hombre de las abejas; el que halla su placer en el timbre de su voz, el que encuentra su empleo en la contemplación de una piedra verde; que hace arder para su regocijo un fuego de cortezas sobre su techo; que se hace en tierra un lecho de hojas aromáticas, que sobre él se tiende y reposa; que piensa en dibujos de cerámicas verdes para estanques de aguas vivas; y el que hace viajes y sueña con partir de nuevo; que ha vivido en un país de muchas lluvias; que juega a los dados, a la taba, al juego de los cubiletes; o que ha desplegado sobre el suelo sus tablas de cálculo; el que tiene ideas sobre la utilización de una calabaza; el que arrastra un águila muerta como un haz de ramas tras sus pasos (y la pluma es donada, no vendida, para el empenachado de los cercos); el que recoge el polen en un vaso de madera (y mi placer, dice, está en este color amarillo); el que come buñuelos, gusanos de palma, frambuesas; el que ama el sabor del estragón; el que sueña con un pimiento; o también el que masca una goma fósil, que lleva una concha a su oído y el que espía el perfume de genio en las grietas frescas de la piedra; el que piensa en el cuerpo de mujer, hombre libidinoso; el que ve su alma en el reflejo de una cuchilla; el hombre versado en las ciencias, en la onomástica; el hombre favorito en los concejos, el que bautiza las fuentes, dona bancos bajo los árboles, lanas teñidas para los sabios; y hace empotrar en las encrucijadas muy grandes cuencos de bronce para la sed; aun mejor, el que no hace nada, tal hombre y tal en sus maneras, y tantos otros todavía! los recogedores de codornices en los repliegues del terreno, los que cosechan en las malezas los huevos con pintas verdes, los que se apean del caballo para recoger cosas, ágatas, una piedra azul pálido que tallan a la entrada de los arrabales (a manera de estuches, tabaqueras y broches, o de bolas para rodar en las manos de los paralíticos); los que pintan silbando cofrecillos al aire libre, el hombre del bastón de marfil, el hombre de la silla de mimbre, el ermitaño adornado con manos de niña y el guerrero licenciado que ha plantado su lanza en su umbral para atar de ella a un mono... ¡ah! toda suerte de hombres en sus vías y maneras, y de repente! aparecido en sus ropas de noche y zanjando a la redonda toda cuestión de precedencia, el Cuentista que toma sitio al pie del terebinto...

¡Oh genealogista en el mercado! ¿cuántas historias de familias y de filiaciones? —y que el muerto se apodere del vivo, como está dicho

en las tablas del legista, si no he visto yo toda cosa en su sombra y el mérito de su edad: los depósitos de libros y de anales, los almacenes del astrónomo y la belleza de un lugar de sepulturas, viejísimos templos bajo las palmeras, habitados por una mula y tres pollas blancas—y más allá del círculo de mi ojo, muchas acciones secretas en camino: los campamentos arriados al conocer noticias que se me escapan, los descaros de pueblos de las colinas y el cruce en odres de los ríos; los jinetes portadores de cartas de alianza, la emboscada en los viñedos, las empresas de los pillos en el fondo de las gargantas y las maniobras a campo traviesa para el rapto de una mujer, los regateos y los complots, el ayuntamiento forestal de bestias bajo los ojos de los niños, y convalecencias de profetas en el fondo de los establos, las conversaciones mudas de dos hombres bajo un árbol...

pero por encima de las acciones de los hombres sobre la tierra, muchos signos en viaje, muchos granos en viaje, y bajo el ázimo del buen tiempo, en un gran soplo de la tierra, toda la pluma de la siega!...

hasta la hora de la tarde en que la estrella hembra, cosa pura y empeñada en las alturas del cielo...

¡Tierra arable del sueño! ¿Quién habla de edificar? —He visto la tierra distribuida en vastos espacios y mi pensamiento no se distrae del navegante.

## CANCION

Mi caballo detenido bajo un árbol cargado de tórtolas, silbo un silbo tan puro, que no hay promesas a sus laderas que cumplan todos estos ríos. (Hojas vivas en la mañana son a la imagen de la gloria...)

Y no es que un hombre no esté triste, pero levantándose antes del día y manteniéndose con prudencia en comercio con un árbol viejo, apoyada la barbilla en la última estrella, ve en el fondo del cielo ayuno grandes cosas puras que giran a placer...

Mi caballo detenido bajo el árbol que arrulla, silbo un silbo más puro... Y paz a aquellos, si han de morir, que no vieron este día. Pero de mi hermano el poeta se han tenido noticias. Ha escrito de nuevo una cosa dulcísima. Y algunos tuvieron de ello conocimiento...

## LA CONSOLACION POETICA

*(En su "Diario de Italia", Jorge Zalamea intentó una explicación —muy personal y fragmentaria— de la poesía de Saint-John Perse. Héla aquí:)*

Hace pocos días entregué a Agostini los originales de las versiones de Saint-John Perse, para la edición que se hará en Milán de "Lluvias, Nieves, Exilio". Desde entonces, de una manera obsesiva, me ha estado haciendo una pregunta que no me formulara antes: "¿Qué razón me movió a traducir al castellano la poesía de Perse?"

En los meses de enero a abril de 1945, hallándome en México, traduje "Elogios", los tres grandes poemas que ahora comienzan a imprimirse y el "Anabasis". Lo hice impremeditadamente, sin propósito alguno, en obediencia a todavía no sé qué oculta necesidad. Desde hacía varios años conocía la obra poética de Perse; la había admirado y estudiado como un espléndido documento en que se establecían claves nuevas para la música verbal, se trazaban itinerarios para la imaginación y se proponían a la inteligencia estupendos enigmas. Pero nunca había penetrado en mi corazón: nunca me había sido confidente.

Y sin embargo, un día cualquiera, habiendo tomado por azar el tomo de "Elogios", habiéndolo releído ociosamente, he aquí que me nacía de pronto la necesidad de anexarme el aire, la luz, el clima de las comarcas pérsicas; la necesidad de hacer más duradera la nueva emoción que aquellos poemas suscitaban.

Tras una de esas lentas y penosas indagaciones íntimas que mejor nos revelan a nosotros mismos y que extraen de fondos inexplorados las ocultas razones de nuestros actos, me parece ahora haber descubierto el motivo secreto de mi tarea; y, a la vez, la auténtica grandeza de la poesía de Saint-John Perse. Si no me equivoco, me hallo ante una curiosa experiencia espiritual que vale, no por el sujeto de ella, sino por las consecuencias generales que creo pueden desprenderse de la anécdota personal y por la luz que acaso arroje sobre lo que, recordando a Nietzsche, quisiera llamar desde ahora "La consolación poética".

Aquellos meses de 1945 en que sentí la necesidad incoercible de hacer un poco mía la obra de Perse, formaron también una época oscura durante la cual tuve el conocimiento vivo del mal en sus formas más torturantes y mezquinas.

Le basta al hombre adquirir conciencia de sí mismo para poseer el conocimiento del mal. Le basta sentirse vivir para saber que en el centro mismo de su vida alienta el mal. Desde que su entendimiento despierta, sabe que el mal lo habita, que es cosa suya, parte suya —como el tuétano en los huesos, como los humores en el cuerpo. Tan suyo, que lo lleva de un lado a otro sin sobresalto, sin reparo, sin darse más cuenta de la que se da de llevar consigo sus brazos, sus rodillas o su vientre.

También sabe el hombre desde los comienzos de su vida intelectual, que así como el mal habita en él, habita en el mundo. Su conciencia lo descubre

por doquiera; los dolores de su corazón testimonian su presencia, porque todo pesar es un engendro del mal: la consecuencia inexplorable de una maldad próxima o remota, secreta o evidente, ajena o propia.

Puede el hombre temer al mal, y abominar de él; pero siempre se acostumbra a vivir a la sombra suya. Para tratar de neutralizarlo, recurrirá a primitivas magias pictóricas o verbales que le den un cuerpo definido, del que parezca más fácil defenderse, o una categoría mental a la que se pueda oponer un decálogo de buena conducta, que es la estrategia del alma contra su adversario. Cumplidos estos exorcismos, considerará al mal exterior a sí mismo y se habituará a él como podría habituarse al frío o a la miseria.

Hay veces en que el mal es pasión. Entonces, cierta grandeza comienza a redimirlo; cierta tenebrosa belleza a excusarlo. Que es lo que confiere su inquietante, secular, atractivo a Luzbel, a Orestes, a Lady Macbeth. Porque en la pasión nunca se encuentra el mal en estado de pureza—si es que puede decirse así—, sino mezclado a la virtud, a alguna virtud: valor, ambición, amor filial; o, también, porque toda pasión es agonía, lucha entre el bien y el mal.

Pero hay otras veces en que la maldad es mezquina, fría y, lo que es más espantable, gratuita. No surge de los torbellinos de la pasión; no es valerosa; no tiene causa percible para el entendimiento humano. Se produce como un sudor maligno, como la baba que fluye de unos labios relajados, como la pus que forma grumos sobre una llaga, como el orín sobre el hierro, como el moho sobre una fruta olvidada, como la larva y la moscarda sobre el verdor de la podre, Yerta como la cadaverina, amarga como la hez, fétida como el yezgo, la maldad mezquina no es cosa de hombres vivos, sino de hombres que están muertos sin saberlo.

Esta maldad mezquina asedió mi vida por varios meses. Nunca sabré qué fuentes cegó en mí, ni qué callos fraguó en mis entrañas. Lo que mejor recuerdo ahora es que sus heridas no me eran tan intolerables como el espectáculo de ver contagiados de aquella miseria a quienes yo había hecho dón de amistad, de amor y aun de admiración. Me parecía entonces como si sobre una gran familia mía, hubiese venido una epidemia, una de esas plagas misteriosas que cubren de purulentas escamas los rostros más bellos y deforman con rojos nudos los miembros más esbeltos. Sí, en la forzosa frecuentación de aquella leprosería, el dolor de verlos enfermos era más agudo que el temor de su contagio.

Una experiencia tan abominable puede lisiar de por vida el corazón de un hombre; puede hacerlo enemigo del mundo y verdugo de sí mismo; puede convertirlo en azote para sus semejantes. Y ahora, sólo ahora, sé que de cualquiera

de estos riesgos me salvó el haberme encontrado providencialmente, mientras con desaliento exploraba los estantes de mi biblioteca, con los poemas de Saint-John Perse.

El alma se cura sin que el entendimiento se percate.

Este podía distraerse tratando de descubrir las medidas del ritmo en Perse; o de trasponer fielmente sus deliberadas aliteraciones; o de buscar en el castellano aquellos vocablos antiquísimos, casi bárbaros —o tan ocultos— que fuera menester, para toparlos, “vagar por entre las más viejas capas del lenguaje, por entre las más altas vetas fonéticas; hasta lenguas muy remotas, hasta lenguas muy enteras y muy parsimoniosas, como esas lenguas dravídicas que no tuvieron palabras distintas para “ayer” y para “mañana”. Podía dar pábulo la inteligencia a su inofensiva vanidad, estableciendo la genealogía de las palabras, aprovechando las bellas metamorfosis de ciertas formas verbales, haciendo chocar sobre el blanco mar de la página la aguda proa de un insólito adjetivo contra la cóncava popa de un sustantivo en reposo. Podía regocijarse el entendimiento descubriendo las razones de la alusión al primero de los haberidas o al tronco de los arsácidas; o explorando la exacta geografía de las islas, cabos, mesetas y montañas que sirven de escenario a las vastas migraciones, a los exilios, a los prudentes reinados, a las fervorosas infancias que el poeta promueve con su soplo de demiurgo. Entretanto, por virtud de una ignorada terapéutica, el alma se limpiaba de sus ascos, se curaba de sus dolencias.

No obstante su inicial apariencia criptográfica, la poesía de Perse es eminentemente realista y logra, como pocas lo hicieron en nuestro tiempo, restituirnos la naturaleza en su belleza primitiva. Bajo el admirable juego poético, las cosas surgen henchidas de savia, olorosas de vida, con el color y el sabor que les corresponden. Los elementos que las fomentan, tienen a la vez una presencia cándida y violenta que nos enamora y estimula. La tierra, el mar, el cielo no son inmóviles paisajes de adjetivos, sino comarcas sonoras, estremecidas por el menear de los follajes, la pesada derivación de las aguas o el vuelo en enjambre de los astros; comarcas con temperatura y luz propia; comarcas en que los vientos, las lluvias y las nieves no son un alusivo fondo sino el tema mismo del canto, y la medida de su ritmo, y la clave de su mensaje.

Este toparse de nuevo con un mundo habitable para el hombre, con una naturaleza auténtica, es el primer alivio del alma.

Acaso no hubo nunca una poesía más poblada que la de Perse. No es la suya poesía de monólogo; ni se limita tampoco al breve coro de la dramática; ni se contenta siquiera, como la épica, con el grupo homogéneo de los ulisidas, de los nibelungos o de los carolingios. La poesía de Perse está habitada por gentes de todas maneras y condiciones: en uno solo de sus poemas podría hacerse el censo de las profesiones urbanas; en otro, no muy extenso, el de las jerarquías de corte. Más todavía: cuando, en funciones de correo, narra las migraciones asiáticas y la fundación de ciudades, su crónica poética se hincha, no ya de individuos, sino de pueblos y razas. Esta pululante humanidad es, a imagen de los elementos naturales, cándida y violenta a un mismo tiempo, así se trate del más prudente de los príncipes como del más azaroso de los marineros. Se la siente a toda hora ávida de vida, en las lindes del exceso; se la ve en ocasiones ebria de vino, de lujuria, de sangre; se la sabe comprometida otras en sutiles

conspiraciones o en tumultuosos crímenes. Pero jamás se la verá departirse de la cortesía; nunca se la encontrará desnuda de su propia dignidad.

Son los suyos héroes de pasión; tan ambiciosos, que aún no se ha secado sobre los cueros de carnero la tinta de las leyes promulgadas para la ciudad recién construída, cuando ya los distrae de su conquista el pensamiento de una vela en alta mar; tan violentos, que sus "Reyes yacían desnudos entre el olor de la muerte, mientras las piras se hundían cargadas de fruto humano"; tan lujuriosos, que en el cuerpo de sus mujeres "hay como una fermentación de uva negra". Pero toda su lujuria, y su violencia, y su ambición no serán bastantes para quebrar su cortesía, ni desarreglar su dignidad.

Y este es el segundo alivio del alma.

En la última etapa de su poesía, Saint-John Perse parece ser el propio protagonista de sus cantos. El desastre del mundo contemporáneo ha hecho del explorador de antaño un exilado: la madre y la hermana están ausentes, perdida la patria, mancillada la tierra, confundidas las jerarquías, abolidas las costumbres parsimoniosas y las princepescas amistades. Pero el poeta no puede callarse porque su misión es testimonio del mundo. La posición de Perse es idéntica a la de centenares de escritores contemporáneos; pero su conducta es diversa. La maldad mezquina que ha tentado y vencido al mayor número de ellos, no tiene cabida en él. Mas sí la tienen la alta pasión, el largo treno, la honda queja del varón y el vate auténticos. Entonces, superando su ya mágico dominio del lenguaje, alzándose hasta esas cimas en que los labios calcinados de Isaías profetizan, Saint-John Perse, sin ninguna obsesión de la inteligencia, sin ninguna corrupción del espíritu, sin ninguna exasperación del alma —con una cortesía de siglos, con una dignidad de siempre, nos otorga largamente la consolación de su poesía.







102

J. A. Coburn









